

LA PERSECUCION RELIGIOSA EN ESPAÑA,
ANTECEDENTE INMEDIATO DE LA *DIVINI*
REDEMPTORIS (*)

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA GIGONA

Fue 1937 un año por el que la humanidad debía estar especialmente agradecida a la Iglesia. En él, los totalitarismos opresores del hombre reciben la más absoluta desautorización del magisterio eclesiástico, que se muestra, así, como auténtico liberador de la tiranía y la esclavitud. Espíritus simples o ignorantes se han dejado engañar por una hábil campaña que procede precisamente del comunismo y que hace creer a no pocos que la liberación se está descubriendo hoy por obra de una teología elaborada al calor y, ciertamente, en beneficio del marxismo. Es mentira. La liberación, la verdadera liberación, vino de la mano de Jesús de Nazaret y, desde entonces, acompañó siempre a su Iglesia, aunque, naturalmente, en ocasiones con deficiencias que suelen acompañar a toda obra de los hombres.

Se anunciaba la primavera de aquel año de nuestro siglo. Y en verdad fue para la humanidad una primavera de esperanza. Con apenas tres días de diferencia, el nazismo y el comunismo fueron denunciados a los católicos y a todo el mundo. Hace ahora cincuenta años. En el mes de marzo de 1937.

Con el nazismo terminó la historia. El comunismo sigue hoy oprimiendo a millones y millones de seres en todo el universo. No voy a hacer yo el análisis de la *Divini Redemptoris*, magistral encíclica que, de haber sido más atendida hubiera librado a la

(*) Conferencia pronunciada en Roma en el «Convegno sul 50° aniversario dell'enciclica *Divini Redemptoris*».

humanidad de una de las lacras más espantosas que ha sufrido a lo largo de su existencia. Personas más calificadas lo harán en este encuentro. Me limitaré solamente a hablaros de unos tristísimos acontecimientos que vivió mi patria hace medio siglo. Pero que fueron a la vez la mayor corona de gloria de una historia que tantas veces la ha alcanzado.

Porque aquella cruelísima persecución fue, a mi entender, el inmediato desencadenante de la encíclica. Pío XI no esperó a la famosa pastoral colectiva del Episcopado español del 1 de julio de 1937. Bien informado estaba del martirio de una nación católica por obra del comunismo. Comenzaban a correr noticias de crímenes atroces en España. Muchos no podían dar crédito a que fuera posible tanta barbarie desatada. Pero el Papa conocía la verdad y sus palabras a un grupo de españoles que huían de la espantosa masacre, con la sangre de los primeros mártires aún caliente, no dejan lugar a dudas. Y es preciso señalar que aún no habían ocurrido las masivas matanzas de Madrid del otoño de 1936.

Así les consolaba el Papa. Y el consuelo era, al mismo tiempo, solemne e inequívoca denuncia: «Desposeídos y despojados de todo, cazados y buscados para daros la muerte en las ciudades y en los pueblos, en las habitaciones privadas y en las soledades de los montes, así como veía el Apóstol a los primeros mártires, admirándoles y gozándose de verles hasta lanzar al mundo aquella intrépida y magnífica palabra que le proclama indigno de tenerles: *quibus non erat mundus*.

»Venís a decirnos vuestro gozo por haber sido dignos, como los primeros apóstoles, de sufrir *pro nomine Iesu*, vuestra felicidad, ya exaltada por el primer Papa, cubiertos de oprobios, por el nombre de Jesús y por ser cristianos; ¿qué diría él mismo, qué podemos decir Nos en vuestra alabanza, venerables obispos y sacerdotes, perseguidos e injuriados precisamente *ut Ministri Christi et dispensatores mysteriorum Dei*?

»Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmos y de martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más

inocentes, de venerables ancianos, de juventudes primaverales, hasta la intrépida generosidad que pide un lugar en el carro y con las víctimas que espera el verdugo.

«Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino; personas sagradas, cosas e instituciones sagradas; tesoros inestimables e insustituibles de fe y de piedad cristiana, al mismo tiempo que de civilización y de arte; objetos preciosísimos, reliquias santísimas; dignidad, santidad, actividad benéfica de vidas enteramente consagradas a la piedad, a la ciencia y a la caridad; altísimos jefes sagrados, obispos y sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida, y el mismo sagrado y solemne silencio de los sepulcros, todo ha sido asaltado, arruinado, destruido con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pueden creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza humana, aun la más miserable y caída en lo más bajo».

Y el Papa no solo exalta la gesta de los mártires, sino que también bendice a aquellos que tomaron las armas para oponerse a tanta barbarie, a tanto salvajismo, a tanto odio contra Dios y su Iglesia.

«Sobre toda consideración política y mundana, nuestra bendición se dirige de una manera especial a cuantos se han impuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y la religión, que es como decir los derechos y la dignidad de las conciencias, la condición primera y la base segura de todo humano y civil bienestar».

¿No advertís en las palabras del Papa un eco especial de emoción muy distinto del lenguaje solemne y medido de las alocuciones a otros muchos grupos de peregrinos que venían a Roma? ¿Fue aquella terrible persecución la que le decidió a publicar la encíclica que medio año después vería la luz? Si el Papa ya la tenía pensada no es aventurado asegurar que esos hechos, que tanto le conmovieron, influirían decisivamente en el texto de la *Divini Redemptoris*.

En ella hay una explícita y extensa referencia a España: «También en las regiones en que, como en nuestra queridísima España, el azote del comunismo no ha tenido tiempo todavía para hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, sin embargo, como para desquitarse, con una violencia más furibunda. No se ha limitado a derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que cuando le ha sido posible, ha destruido todas las iglesias, todos los conventos e incluso todo vestigio de la religión cristiana, sin reparar en el valor artístico y científico de los monumentos religiosos. El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de modo particular a aquellos y a aquellas que precisamente trabajaban con mayor celo con los pobres y los obreros, sino que, además, ha matado a un gran número de seglares de toda clase y condición, asesinados aun hoy día en masa, por el mero hecho de ser cristianos o al menos contrarios al ateísmo comunista. Y esta destrucción tan espantosa es realizada con un odio, una barbarie y una ferocidad que jamás se hubieran creído posibles en nuestro siglo. Ningún individuo que tenga buen juicio, ningún hombre de Estado consciente de su responsabilidad pública puede dejar de temblar si piensa que lo que hoy sucede en España tal vez podrá repetirse mañana en otras naciones civilizadas».

Hay, como se ve, una absoluta identidad entre las palabras del Papa pronunciadas medio año antes con las de la encíclica. Aunque el calor y la emoción de sentirse en medio de los mártires, rodeado por los padres, los hijos, los hermanos de los mártires, dieran al Papa un tono distinto del propio de una encíclica. Pero la denuncia de los hechos y su condena no pudo ser más solemne y rotunda en la *Divini Redemptoris*. Así como la advertencia al mundo de lo que podría ocurrirle si triunfara el comunismo. Poco tendrían que esperar varias naciones de la misma Europa en padecer en su carne análoga experiencia.

Pero el martirio de mi patria no fue como una tormenta de una noche de verano que se desencadena sin que nada parezca anunciarlo. Fue una génesis de muchos años. De gobiernos re-

galistas que creían, insensatos, que afirmaban su poder atentando contra los derechos de Dios y de su Iglesia. De reyes que creyeron compatible con su glorioso apellido de católicos el expulsar de sus Estados a la Compañía de Jesús y conseguir luego del Papa, con presiones y chantajes inauditos, su disolución. De filósofos e intelectuales que entendían una ciencia desligada y aun opuesta de Aquel que proclamó que era el camino, la verdad y la vida. De masas desvalidas que se alejaron de quien es en verdad el único consuelo. De egoísmos de ricos olvidados de la caridad... Y así llegó el año de 1931.

Nada más proclamarse la República, la victoria inesperada sobre la monarquía fue considerada también un triunfo sobre la Iglesia. Aunque ésta hubiera aceptado inmediatamente el nuevo régimen, tanto desde sus autoridades, el nuncio y los obispos, como desde el influyente periódico de Angel Herrera, *El Debate*, que el mismo quince de abril exigía de los católicos, entre los que tenía gran predicamento, el leal acatamiento de la República.

Pero desde entonces ya se estaban preparando los primeros decretos anticatólicos: el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, los de libertad de cultos y secularización de los cementerios y el de Instrucción Pública, Marcelino Domingo, los de secularización de la enseñanza.

El 11 de mayo, a menos de un mes de la proclamación de la República, tiene lugar la quema de conventos con la tolerancia, si no con la complicidad, de las autoridades republicanas: la iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, la de las monjas bernardas, la de los carmelitas descalzos de la Plaza de España, el colegio de Maravillas en Cuatro Caminos donde los hermanos de la Doctrina Cristiana daban educación gratuita a los hijos de obreros de aquella barriada, el convento de las mercedarias, la parroquia de Bellas Vistas, el colegio de María Auxiliadora, el ICAI...

En Sevilla y en Cádiz se reprodujeron los incidentes. Málaga fue ya una orgía de incendios. Como Valencia y Alicante. Estaba claro, pese a las exhortaciones de Angel Herrera a los católicos;

cual era el objetivo de muchos republicanos: la abierta persecución a la Iglesia.

Inmediatamente de este acto de barbarie, en el que se perdieron incalculables tesoros artísticos, el oficialmente católico ministro de la Gobernación, Miguel Maura, que había presidido la inacción de la fuerza pública ante los desmanes, expulsa a Francia al obispo de Vitoria monseñor Múgica que, escoltado por la policía y con protesta expresa, es puesto en la frontera de Irún.

El 3 de junio de 1931 los arzobispos españoles protestaban de las medidas anticatólicas del Gobierno. El 14 de junio es expulsado de España el cardenal primado, monseñor Segura.

Los artículos 26 y 27 de la Constitución consagraron oficialmente el sectarismo anticatólico de la República. A consecuencia de ello dimiten el presidente del Gobierno y el ministro de la Gobernación y los diputados católicos se retiran del parlamento. Azaña, el gran responsable de la reforma militar y una de las principales figuras, posiblemente la de más inteligencia, de las que protagonizaban la oposición a la Iglesia, llegaba al máximo poder. Acababa de proclamar que España había dejado de ser católica.

El canónigo Pildain, que pronto sería nombrado obispo, dijo en el Parlamento: «A mí me incumbe el deber de hacer constar que, según la doctrina católica ante una ley injusta caben estas tres posiciones, perfectamente lícitas: primero, la de la resistencia pasiva; segunda, la de la resistencia activa legal, y tercera, la de la resistencia activa a mano armada».

Yo creo que es la primera vez que, ante la tesis de Herrera y *El Debate*, se hace expresa proclamación de la licitud de la sublevación. Luego vendría la justificación doctrinal de la rebelión que llevó a cabo *Acción Española* y, muy particularmente, el canónigo magistral de Salamanca, Aniceto de Castro Albarrán. Y aquella famosa frase de que a la República había que oponerse por todos los medios legítimos, incluso los legales.

Expulsión de la Compañía de Jesús. Dos sacerdotes son tiroteados, y uno resulta muerto, en Vizcaya. En Bilbao se incen-

dian el convento de las reparadoras y la parroquia de Santurce. Los gobernadores prohíben procesiones y romerías. El Ayuntamiento de Zaragoza retira del salón de sesiones una imagen de la Virgen del Pilar. El de Avila retira a una de sus plazas el nombre de Santa Teresa. En Sevilla no hay procesiones de Semana Santa...

La Ley de confesiones y congregaciones religiosas es un atentado más a las convicciones católicas de muchísimos ciudadanos. Los obispos protestan contra la ley y afirman que «somete a la Iglesia a una condición notoriamente injusta». El Papa Pío XI, en su encíclica *Dilectissima nobis*, dirigida a España es particularmente duro contra la situación: «Protestamos con todas nuestras fuerzas contra esta ley... y tenemos la esperanza de que todos los católicos españoles, valiéndose de todos los medios legítimos que les concede el derecho natural y la legislación, harán por reformar y sustituir esta ley». No pocos vieron en estas palabras del Papa un apoyo a la conspiración militar.

Mientras tanto seguían ardiendo iglesias en Purchill (Granada), Algeciras, Pozáldez (Valladolid), Rioja (Almería), Peal de Beccerro, Santa Olalla (Huelva), Santa María de Pulpis (Castellón), Betanzos, Chanteiro y Santa María del Villar (Ferrol), Córdoba... Es asesinado el párroco de Erice (Navarra).

El arrollador triunfo de las derechas fue un respiro para la Iglesia. Sevilla tuvo de nuevo su Semana Santa. Y salvo la explosión de odio y barbarie que constituyó la revolución de octubre que alcanzó en Asturias un salvajismo especial con el asesinato de numerosos sacerdotes y la voladura de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, pareció conjurarse el clima de persecución. Duraría breve tiempo.

Las elecciones de febrero de 1936 marcan el punto de no retorno. El Gobierno Portela, presa del pánico, entrega el poder a la izquierda. Un vendaval de anarquía se extiende por España. De nuevo incendio de iglesias y centros políticos. Invasión de fincas. Amnistía a todos los implicados en la revolución de octubre. La caza del «fascista» es un deporte que enloquece al exaltado. Los centros de la CEDA incendiados o asaltados se

cuentan por centenares. Raro es el casino radical, círculo tradicionalista o sede de Falange que quedan en pie. Se asaltan o queman numerosos periódicos. La atribución de las actas de diputados da lugar a verdaderos escándalos. En Cádiz y Granada se viven días de terror.

Calvo Sotelo, en las Cortes, hace un balance de lo que fue el Frente Popular: «A partir del 16 de febrero ... hasta el 2 de abril se han producido los siguientes asaltos y destrozos: en centros políticos, 58; en establecimientos públicos y privados, 72, en domicilios particulares, 33, en iglesias, 36. (Un diputado interrumpe: Muy pocos cuando no os han arrasado a vosotros todavía). Centros políticos incendiados, 12, establecimientos públicos y privados, 45; domicilios particulares, 15; iglesias, 106, de las cuales, 56 quedaron completamente destruidas; huelgas generales, 11; tiroteos, 39; agresiones, 65; atracos, 24; heridos, 345; muertos, 74».

La denuncia de Calvo Sotelo no detiene los desmanes. En la mayoría de las provincias continúan incendiándose templos. Yecla bate todos los récords, 14 iglesias son incendiadas. Conforme pasan los días la violencia va *in crescendo*. Es ahora Gil Robles quien hace balance también en el Parlamento. Del 16 febrero al 15 de junio: Iglesias totalmente destruidas, 160; asaltos de templos, incendios focados, destrozos e intentos de asalto, 251; muertos, 269; heridos, 1.287...

Y todas estas agresiones no fueron nada en comparación con las que sobrevinieron después del 18 de julio de 1936. Que la Iglesia viera el cese de la persecución como una bendición de Dios solo resultará incomprensible para aquellos que están ciegos por los prejuicios.

Y llegó el día de Caín. Ya sé que estoy en Roma. Es la primera vez que a ella llego con la inmensa emoción de siglos de fe de mis mayores que, por libérrima gracia de Dios, ha germinado también en mí por encima y a pesar de mis pecados. Llego a mi vieja patria, a la que mis padres y mis abuelos amaron tanto que la quisieron todavía más que a la suya propia. Por

la que combatieron y por la que se arruinaron, pues no peleaban las batallas de España sino las de Dios.

Uno de mis grandes reyes, «aquel que en su vuelo sin segundo / debajo de sus alas tuvo al mundo», dijo que su verdadera patria era aquella donde mejor pudiera rezar. Y los españoles supimos siempre, desde los tiempos apostólicos, que no se podía rezar de espaldas a Roma.

A Roma miraban mis mártires de las persecuciones imperiales y por ella morían. Ciertamente a manos de sus prefectos pero, sobre todo, por amor y fidelidad a una religión que llegaba de Roma. De Roma fueron hijos fidelísimos y amantísimos mis santos obispos visigodos, que son tantos que casi podría decirse que entonces no se podía ser obispo sin ser santo. Por Roma lucharon mis reyes de la Reconquista que querían una España católica y no musulmana y mis mártires de Córdoba morían en el suplicio porque Roma les había enseñado el camino del ciclo. Por Roma vinimos a Trento y fuimos a Lepanto. Y combatimos a Lutero. Y como dijo nuestro gran Menéndez Pelayo dimos a Roma cien pueblos por cada uno que le arrebató la herejía. Fue el descubrimiento, la evangelización y la civilización de América. Por Roma, por el Papa de Roma prisionero y no solo por nuestra independencia amenazada, odiamos a Napoleón y lo derrotamos...

Soy ciudadano romano. Lo digo con santo orgullo. Porque no lo debo al hecho fortuito del nacimiento, que está al alcance de cualquiera, sino a la fe, al sacrificio, a la entrega y al heroísmo de mi patria que quiso ser, ante todo y sobre todo, hija de Roma. Y no de la magnífica Roma pagana, que también lo fue, sino de esa otra mucho más sublime, redimida por la sangre del Hijo de Dios, que la hizo sede de su Vicario en la tierra.

Aquí, junto a las tumbas de Pedro y de Pablo, ante el Coliseo donde los primeros mártires enseñaron a mis gentes que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, cueste lo que cueste, aunque sea la vida, vengo a deciros, no con la arrogancia del «Yo más» paulino que cabe ante los enemigos pero no con los hermanos, pero sí con la inmensa satisfacción de una

herencia gloriosa, que en un año, en menos de un año, en seis meses, mi patria, España, dio a la Iglesia más santos que en toda una historia llena de santos. Más santos que en toda la historia de los santos del mundo.

Donde triunfó el comunismo, y aquí es preciso aclarar que cuando decimos comunismo no nos referimos exclusivamente al partido comunista por que la barbarie en España la desataron sobre todo socialistas y anarquistas, aunque sus postulados coincidían en gran parte o totalmente con los del comunismo, hasta el extremo que retratos de Lenin y Stalin presidían sus concentraciones y fue grito común en ellos el ¡viva Rusia! Donde el comunismo triunfa la religión católica es el enemigo a batir. ¡Qué digo a batir, a eliminar! Y damos a la palabra eliminar su más exacto sentido.

Las cifras son aterradoras y excusan todo comentario. Fueron asesinados trece obispos, siete mil sacerdotes, casi trescientas monjas y miles y miles de seglares. Por odio a Dios y a la religión. Nunca se conoció nada igual en ningún país del mundo. Hubo diócesis, Barbastro por ejemplo, en la que apenas quedó un solo sacerdote. Y me dicen que el actual obispo de aquella mínima diócesis, mínima por la extensión y por el número de sus habitantes que no por la gloria que supieron escribir en el libro de los cielos, me dicen que el obispo ha permitido que se arrancara la lápida que recordaba sus nombres.

Nunca estuve en Barbastro y, por tanto, no pude verla. Pero recuerdo otra, interminable, encabezada por el obispo auxiliar, que se encuentra, todavía, en el bellissimo claustro de la catedral de Tarragona. La vi con asombro. Hoy lamento no haberla leído de rodillas pues esos nombres eran una letanía de santos que, día a día, calmaban las iras de Dios por los pecados de España y las tornaban en paternales miradas de benevolencia y amor.

Los mártires de 1936. Los innumerables mártires de 1936. Padres de familia asesinados junto a una cuneta porque creían en Dios y amaban a España. Religiosas asesinadas salvajemente, con extremos de crueldad inenarrables... Muchos recordareis

aquella hermosa película que fue *Diálogo de carmelitas*. Aun las personas de menor sensibilidad sentían un nudo en la garganta al ver a las monjas subir los peldaños de la guillotina, al encuentro definitivo con el esposo, cantando. Pues igual las nueve hermanas carmelitas de la Caridad que ejercían su labor educativa y docente en el colegio-asilo de Cullera.

«Llegadas al lugar del suplicio, a una de ellas, anciana de setenta y tres años, le propusieron salvarse abandonando al resto de la comunidad.

— No, yo iré a donde vaya la madre, aunque sea a la muerte.

Instantes más tarde las religiosas estaban apiñadas junto a la superiora y ésta sacó arrestos para entonar el himno eucarístico, y que todas le siguieron. Vio morir a sus ocho encomendadas con entereza de vírgenes cristianas y sucumbió ella a las balas con el postrer consuelo de ver consumada gallardamente su misión como carmelita y como superiora» (Montero: *Historia de la persecución religiosa en España*).

Días después otras doce carmelitas de la Caridad, destinadas en la Casa de la Misericordia de Valencia eran fusiladas. Y veintitrés adoratrices en Madrid el diez de noviembre. Y siete salesas madrileñas. «La que hacía entre ellas de superiora propúsoles aceptar los ofrecimientos del portero de sacarlas una por una e ir colocándolas en diversos consulados. Hizo constar la madre que la obediencia y la observancia religiosa quedaban completamente a salvo con semejante opción, dado lo amenazante de las circunstancias. Pero ni la insistente bondad del portero ni la comprensión de la superiora bastaron a disolver el pequeño palomar, dispuestas como estaban las salesas a ir juntas a una muerte que ellas reputaban como martirio. Les daba fuerza y convicción el encargo de la superiora general del monasterio, transmitido al despedirse: mientras podais, permaneced juntas.

En un descampado, hacia el final de la calle López de Hoyos, el camión de las milicias populares se detuvo. Fue cosa de un momento bajar la religiosas una por una y disparar sobre ellas según pisaban tierra» (Montero: *Op. cit.*).

Juntas permanecieron hasta la muerte. Juntas fueron al en-

cuentro del esposo. Juntas marchan hacia la proclamación solemne de santidad porque las tres carmelitas de Guadalajara que mañana Juan Pablo II elevará a los altares son solo las pioneras de lo que va a ser legión inmensa. De los miles y miles de mártires que España ofreció hace medio siglo a Dios y al mundo.

A Dios porque eran de El y a El querían ir aun a costa de la vida. Y al mundo para que aprendiera, en días de infidelidad y de miseria, que hay cosas grandes y bellas y heroicas.

Cinco Hijas de la Caridad ejecutadas en Madrid el 12 de agosto. Diecisiete Doctrineras asesinadas en Paterna: una de las víctimas tenía noventa y dos años, dos ochenta y cuatro, otra setenta y seis y la mayoría más de sesenta. Nueve Mínimas asesinadas en San Ginés dels Agudells. Cinco Dominicas de la Anunciata asesinadas también en Barcelona...

En total: 30 Hijas de la Caridad, 26 Carmelitas de la Caridad, 26 Adoratrices, 20 Capuchinas, 17 Doctrineras, 10 Concepcionistas Franciscanas de San José y cifras menores de otras congregaciones hasta sumar doscientas ochenta y tres monjas asesinadas.

Y 259 claretianos, 226 franciscanos, 204 escolapios, 176 maristas, 165 hermanos de La Salle, 155 agustinos, 132 dominicos, 114 jesuitas, 97 hermanos de San Juan de Dios... Hermanos de San Juan de Dios, dedicados a atender a los más pobres, a los más desvalidos, a los más necesitados. Por amor a Cristo. Y por eso les mataban. Y 94 capuchinos, 93 salesianos, 91 carmelitas descalzos... Hasta un total de 2.365 religiosos. Más 4.184 sacerdotes diocesanos.

En Barbastro, de 140 sacerdotes incardinados en la diócesis, de los que alguno estaría fuera de ella, asesinaron a 123. Prácticamente no quedó ni un solo sacerdote. En Lérida, de 410 fueron 270 los asesinados, el 65,8 %. En Tortosa, de 510 se mató a 316, el 61, %. En Segorbe, de 110 fueron 61 los asesinados, el 55,4 %. En Menorca, de 80 fueron 39 los muertos, el 48,7 %. En Málaga, de 240 murieron 115, el 47,9 %, En Toledo, de 600 sacerdotes se asesinó a 286, el 47, %... Y aunque el porcentaje de asesinados da cifras menores en otras dióce-

sis, son también aterradoras. Fueron asesinados 334 sacerdotes de la archidiócesis de Madrid, 327 de la de Valencia, 279 de la diócesis de Barcelona, 194 de la de Gerona, 177 de la de Vich, 140 de la archidiócesis de Oviedo y eso que su capital estuvo siempre en poder del ejército nacional, 131 de la de Tarragona, 124 de la diócesis de Jaén, 109 de la de Cuenca, 109 de la de Urgel, 97 de la de Ciudad Real, 84 de la de Córdoba, 81 de la archidiócesis de Zaragoza...

Podría relataros miles y miles de historias emocionantes de este holocausto que España ofreció a Dios sin una sola apostasía aunque hay testimonios irrefutables de que no pocos de ellos hubieran podido salvar la vida a cambio de una blasfemia o de un pecado. Todos prefirieron la muerte a la traición. Materialmente no habría palmas en los palmerales de España para poner una en la mano de cada uno. Dios se las ha puesto más hermosas y Juan Pablo II y sus sucesores no van a tener días para proclamar a tanto mártir.

No sabría por dónde empezar. Los benedictinos de El Pueyo, los maristas de Griñón, aquel santo obispo que cuando exhumaron su cadáver hallaron que tenía la mano derecho atravesada por una bala, la mano con que bendecía y perdonaba a los que le asesinaban...

Esta fue la obra del comunismo en España. De unas ideas que atentaban contra la familia, entonces, los que asesinaban gritaban en sus desfiles: «Hijos sí, maridos, no». Hoy hemos avanzado mucho y el grito podría ser «Maridos no, hijos tampoco». Porque el aborto acaba con ellos. Y que atentan sobre todo contra la religión, pues donde quiere que se implanten es la Esposa de Cristo la primera en sufrir las consecuencias. No fue España una excepción. Donde se sufre el comunismo son semejantes los resultados. Rusia, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Rumanía, Cuba, Vietnam, Camboya, China, Etiopía...

La encíclica de Pío XI situó en su verdadero lugar al comunismo. Era «intrínsecamente perverso». Pero hábiles campañas propagandísticas adormecieron reparos y oposiciones. Lo que era evidente se presentó como una exageración del Papa Pío XI. Y

no pocos católicos, de los que siempre están dispuestos a dar la razón al enemigo contra el hermano, aunque el enemigo sea precisamente el asesino del hermano, contribuyeron a este lavado de rostro del comunismo.

Ya ocurrió cuando la misma persecución. Contra la opinión del Papa, contra la pastoral colectiva de los obispos españoles supervivientes, contra la acogida unánime de esta pastoral por el episcopado de todo el mundo, se alzaron voces católicas que sostenían a los asesinos y echaban las culpas de la masacre a los asesinados.

Y más recientemente, en España, fue especialmente penosa la actuación de no pocos clérigos que en la década de 1965 a 1975 se alinearon claramente con los comunistas llegando a postular en la famosa Asamblea Conjunta una condena de la Iglesia española de 1936 porque, a su miserable entender, los mártires, los que por puro azar o especial providencia de Dios salvaron la vida en la zona roja y los que tuvieron la suerte de no haber padecido aquella barbarie por vivir en zona nacional, no habían sabido ser «ministros de reconciliación».

La propuesta logró una votación mayoritaria, si bien no alcanzó los dos tercios necesarios para su aprobación. Claro está que pensando así estuvieron bien asesinados todos los que cayeron en las cunetas de España aquel año de gracia y de dolor de 1936. Los trece obispos, los siete mil sacerdotes, religiosos y religiosas, los miles y miles de seglares... ¡No habían sabido ser ministros de reconciliación!

Tal vez hubieran salvado sus vidas si hubieran aplaudido a coto a Manuel Azaña cuando dijo que España había dejado de ser católica. Cosa que parecía no tener demasiada importancia.

En verdad, aquel día de vergüenza para nuestra Iglesia, reunida en Asamblea Conjunta, se unieron los asesinos con los hermanos de los asesinados, los que han perdido la fe en la consagración sacerdotal que recibieron con los incendiarios y los saqueadores de los templos y los verdugos de los hijos de Dios. Poco importa que no se hubieran alcanzado esos dos tercios que hubieran aprobado la propuesta. La infamia ahí quedó para la

historia. Y la aprobación, tal vez, hubiera aclarado el triste panorama de la Iglesia española. Pues sabríamos definitivamente con quiénes no cabe reconciliación alguna, ya que los que reniegan de los mártires escupen al mismo tiempo al rostro de Cristo crucificado.

Yo, y seguro estoy que vosotros, pese a quien pese, prefiero quedarme con la España católica y con esa pléyade de españoles, padres y madres de familia, jóvenes, ancianos, niños algunos, monjas, sacerdotes y obispos asesinados salvajemente por creer en Dios y por amar a la España católica, que están reclamando por su virtud, por su heroísmo, por su santidad, una canonización que gracias a Su Santidad Juan Pablo II tiene ya vía libre. Porque era verdaderamente inexplicable, o si era explicable, peor, que así como se venera a los innumerables mártires de Zaragoza no pudiera hacerse todavía lo mismo con los que, moleste a quien moleste, son en toda justicia y a partir de mañana comenzarán a serlo oficialmente, los innumerables mártires de la España de 1936. Los innumerables mártires que el comunismo santificó en España.

Esos olvidos y esas traiciones bien caros los paga nuestra Iglesia. Olvidos que en mayor o menor grado nos alcanzan a todos. ¡Qué me va a mí en los sufrimientos de los católicos del Líbano, de Cuba o de Polonia! Bastante tengo con preocuparme de lo que ocurre en mi entorno más próximo. Traiciones a la Iglesia, que es traicionar a Cristo mismo, de los católicos amigos de los perseguidores. De los que hoy, en Nicaragua, están con el comandante Ortega y contra el cardenal Obando y el pueblo católico de aquel país. De los que, desde el catolicismo, ensalzan a Fidel Castro y silencian o disculpan la persecución a los católicos de aquella isla. De los que utilizan lo que llaman teología de la liberación no para librar al hombre del pecado sino para esclavizarle todavía más en el comunismo.

¡Ah, si los católicos de todo el mundo vibrasen de indignación y de protesta cada vez que en un hermano se abofetea a Cristo! Cada vez que de nuevo se corona a Cristo de espinas en la frente de un católico de Ucrania o de Corea del Norte, de

Rusia o de Albania. Cada vez que se crucifica otra vez a Cristo en la Iglesia de Etiopía o de Cuba o de Lituania.

¿Os dáis cuenta de la inmensa fuerza? ¿Os imagináis las iglesias llenas del pueblo católico pidiendo a Dios y a su santísima madre por las Iglesias mártires, por los hermanos mártires de hoy? ¿Es que iba el cielo a resistir esas plegarias? ¿Y os imagináis a los católicos del mundo libre exigiendo a sus gobiernos no tratar con los asesinos y los perseguidores de nuestros hermanos en la fe? Si *nec Ave dixerimus* a los enemigos de Dios, en una expresión muy española, otro gallo nos cantara.

Cómo final quiero proponeros, y tal vez fuera la mejor conmemoración de la *Divini Redemptoris* en su cincuenta aniversario, que este encuentro considere la posibilidad de organizar un movimiento mundial que se haga eco de todos aquellos católicos a los que el comunismo tiene sin voz, de sus gritos ahogados en las cárceles, de sus ansias de poder adorar a su Dios, que es el nuestro, en paz y libertad. Que cada vez que se oprima a una Iglesia local, vibre y grite y sufra y rece la Iglesia universal. Que los mártires del siglo XX no se sientan ya, nunca más, olvidados por sus hermanos.